

Anamely Ramos
González

José Martí entre la pobreza irradiante, lo popular y el orgullo americano

«...amarró su caballo en el tronco de cuerpo y aceite; y
penetró alegremente en la casa del alibi»

JOSÉ LEZAMA LIMA
(Imagen y posibilidad, p. 197)

Un poema de Raúl Hernández Novás, «Sol en la nieve», nos expone la fulguración de la Patria y sus avatares en la figura del desterrado y en la figura del que espera dentro de la Isla, acantonado en un pesimismo y una agonía similares, en muchos sentidos, al destierro físico, tornado aquí destierro espiritual.

Los avatares de la Patria, la configuración de la identidad y su acopio para ello, de esa otra Patria del destierro, que desde la distancia recrea una visión luminosa de una nacionalidad incipiente que termina por juntarse a la Patria yacente que espera y recibe los influjos de esa germinación de la cubanía alcanzada en la nostalgia, o mejor, en la añoranza de las palmas.

La Patria radiante estaba entre la nieve muda
y la Patria sufriente oía con hastío el verdor eterno.
... La Patria enamorada latía oscura en su destierro
y la Patria impotente en su destierro contemplaba el mismo cielo
azul sobre la misma nieve verde.

La Patria del destierro torcía enraizada su honda hoja de tabaco y
la Patria desterrada en sí misma contemplaba ciega el sedoso su-
surro de frondas.¹

¹ Raúl Hernández Novás: Poesía, Casa de las Américas, La Habana, 2007, p. 397.

La figura del desterrado, que sostiene desde la distancia física a la Patria que agoniza y la vivifica con su propio aliento recreador, vuelve al final del poema al terreno de la Patria real para salvarle. En este destino donde ambas Patrias se unen vislumbramos la figura de José Martí, enlace de emociones y propósitos que vienen desde antaño y en donde convergen personalidades como Heredia, la estrella desterrada que clama por las palmas en el epicentro del torrente del Niágara; pero también poetas como Casal y Zenea, que están en la Patria que espera; o los próceres de la guerra de los Diez Años, sobre todo Céspedes que es invocado como el Padre de pensamiento de mármol.

La Patria agonizaba en la sombra. La Patria moría cara al sol.

La Patria esperaba a la Patria que viniera a salvarle de su abismo.²

En la voz joven de Raúl Hernández Novás, encontramos a José Martí como articulación actuante de dos espacios físicos y emocionales. José Martí como imagen de la cristalización de una identidad acuñada a través del tiempo pero que solo ahora brilla y se expone también como apertura al futuro y como comprensión de la historia y de la vida universales.

En este trabajo nos proponemos una valoración de la concepción martiana de la historia y de la cultura universales y la incursión en esta gran Historia, de los pueblos latinoamericanos y caribeños, y por supuesto del pueblo cubano, de la Patria a la que el Apóstol vuelve al final de su vida. Para esto, conceptos clave que Martí desarrolla en su obra y que revelan la matriz profundamente moderna de su pensamiento, serán abordados a la luz de sus Apuntes de viaje y de sus Diarios, de manera que podamos establecer dos ámbitos analíticos que hagan justicia lo mismo al vasto conocimiento de Martí de la tradición occidental y su capacidad intelectual para interpretarla e incluso enriquecerla; así como a la sensibilidad de Martí mientras se adentraba en las tierras de la América nuestra, una sensibilidad que permite un reconocimiento y una identificación inmediatas y profundamente entrañables con una realidad que no es solo diferente sino propia, que es la suya.

² Ídem.

De igual forma, consideramos imprescindible en nuestro trabajo la articulación de las ideas e imágenes martianas con la obra de diversos poetas cubanos y caribeños, con el propósito explícito de conformar una especie de red poética donde insertemos a José Martí. Esta estrategia metodológica nos acerca a la teoría de la figura, que Jorge Luis Borges desarrolla y que se refiere a una manera de entender la identidad no a partir de dos polos: el yo y el otro, que se relacionan en su oposición y en algún momento se intercambian para devenir en una especie de dobles que satisfacen uno en el otro su necesidad de representación. Este nuevo modelo identitario se soluciona en una red de asociaciones de donde emerge una figura, como cuando unimos con una línea puntos de un conglomerado inmenso, conformando una constelación.

A partir de ese modelo nos acercamos a Martí porque creemos que él mismo fue su precursor. Para Martí era importante la asociación constante de ideas provenientes de mundos diferentes, de explicaciones aparentemente aisladas de temas similares que al tener al hombre como centro y motivo de todos los criterios no resultan ya tan extraños. Sus trabajos exponen una muestra extraordinaria de significaciones humanas de procedencia múltiple que él logra articular y presentar como un todo poético, que conforma una figura multilateral de espejos donde puede mirarse el hombre moderno, independientemente de su lugar de origen, siempre que sea un hombre de buena voluntad.

La raigambre ética del pensamiento martiano no se encuentra, entonces, aparte de su interpretación estética de los acontecimientos culturales. Todo lo contrario, justamente porque para él, el hombre y la fuerza ética que surgen de su tratamiento, es el centro irradiador de todo argumento. Podemos hablar, al abordar su obra, en términos de humanismo pero iluminado, un humanismo que busca en el terreno de los mitos y de las imágenes profundamente poéticas de la historia universal, continental y nacional, para armar una visión novedosa de una historia humanizada poéticamente.

Es por eso que cuando el proyecto estético y cultural que fue Orígenes, lanzó su concepción de la historia como devenir de la imagen, se apoyó en la obra martiana como aquella que, en el terreno insular, representa ese sol del mundo moral que se hizo visible a finales del siglo XIX, para no eclipsarse nunca más.

La Patria viviente quiso fundir en un gran sol a la Patria agonizante

¿quiso la Patria agonizante asirse al gran sol como al asa de una eterna posesión?³

Hay un concepto que aparece con mucha fuerza tanto en Martí como en Orígenes y que expresa una actitud moral esencial a la hora de comprender el devenir humano y los acontecimientos culturales: es el concepto de pobreza.

En Martí casi siempre aparece referido como condición de un sujeto con la cual él se identifica: «Con los pobres de la tierra/ quiero yo mi suerte echar», pero inmediatamente después esa pobreza, equiparada en sencillez, es asumida como preferencia, como disposición espiritual a la hora de salir al mundo, evaluar y elegir: «el arroyo de la Sierra/ me complace más que el mar.»

Como parte de la constelación de Orígenes, Fina García Marruz, en su poema «Los pobres, la tierra» dentro de Sonetos de la pobreza, juega con el verso anterior de Martí pero evidencia que aquí la pobreza es experimentada como decisión personal y a la vez como condición que le viene dada al sujeto lírico como la tierra misma sobre la que este debe configurarse en tanto sujeto deseante y responder a ese espacio y a esa tierra. La tierra y su fisonomía, rayana en la pobreza, se ofrece al sujeto y de alguna manera lo convida a una temporalidad acompasada, a la que este termina acogándose. Cito las dos últimas estrofas del poema donde el sujeto lírico decide quedarse con la visualidad de una tierra magra pero por eso mismo tierna:

Oh quedarme por siempre donde alumbra
tu color uniforme de pobreza,
y esa calidad que se acostumbra
tierna, a la sequedad del ser y el viento,
renunciando al asombro y la belleza,
como un ardiente y solo pensamiento.⁴

La renuncia a la belleza está manifestando también una crítica al pensamiento occidental, acostumbrado a las fanfarrias de los vencedores, que desecha todo lo que puede considerar insulso o extraño a su paradigma siempre grandioso y cambiante.

³ Raúl Hernández Novás: Ob. cit., p. 397.

⁴ Fina García Marruz: Antología Poética, Letras Cubanas, La Habana, 1997, p. 39.

De la misma manera, en sus Apuntes de viaje, cuando llega a Guatemala, Martí la canta con hermosas palabras y la contrapone a Europa, a los países viejos:

Guatemala es una de las regiones benditas, —hechas como para aplacar la ardiente sed de los hijos de los países viejos—, y para comprobar la perpetua frescura y la generosidad maternal de la naturaleza.⁵

Lo que aplaca a los europeos es la frescura y la generosidad natural de esta tierra. Una vez más la naturaleza humanizada, con atributos morales o con esa actitud de la mujer, tierna y pródiga a la vez, que entrega sólo lo necesario para así evitar la corrupción de los hijos. Aquí la pobreza no está relacionada a lo magro de la tierra sino a una abundancia que es siempre joven, que no se acumula ni se anquilosa, y sobre todo, no está allí para el lucro, ni para el envanecimiento. La sed de los europeos se aplaca no sólo porque es saciada, sino porque se pone freno a la ambición desmedida, «ardiente», desesperada de una mentalidad que produce constantemente un deseo de posesión.

Al entrar en Guatemala se entra en una nueva temporalidad, distinta a la que se vive en el viejo continente porque ya no se trata de llenar las horas con acciones que horaden la historia y que hablen siempre de quienes las realizaron, se trata de una eternidad suspendida en el aire y marcada por la vida sencilla de personas volcadas a cosas pequeñas en las que se les va el tiempo con gusto. Aquí en Guatemala el tiempo sirve al hombre, se detiene o se agolpa según el empeño y el fervor que estos pongan en sus labores, nunca es el tiempo quien los lleva de la mano marcándoles los pasos que deben dar para que sus vidas sean grandiosas. Es por esto que insiste en que estos pueblos deben rechazar las acometidas culturales envejecidas que le llegan de sus metrópolis, para que sean capaces, valiéndose de su alegría natural y de sus ganas de hacer, de recrear la naturaleza, «desfigurada por los prejuicios».

En los apuntes del viaje a México encontramos una crítica más explícita aún por parte de Martí al pensamiento occidental relacionado al poder y a cómo este se aloja en la mente de los hijos de América a raíz del estado colonial. Es por eso que una

⁵ José Martí: Apuntes de viaje, en Obras Completas, t. 19, Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 75.

liberación plena de los americanos no concluye para él con el derrocamiento de España como metrópoli, sino con la libertad del hombre en su cotidianidad.

¿Qué va a ser América: Roma o América, César o Espartaco?
¿Qué importa que el César no sea uno, si la nación, como tal una, es cesárea? ¡Abajo el cesarismo americano! ¡Las tierras de habla española son las que han de salvar, en América la libertad! Las que han de abrir al continente nuevo a su servicio de albergue honrado.⁶

También en México, pero en el territorio de Isla de Mujeres, Martí hace referencia a la muerte y distingue nuevos sentidos de esta experiencia límite de la vida, al tener en cuenta cómo es asumida en estas regiones y a la visualidad impoluta del cementerio «incorrecto» y a la vez perfecto y verdadero, en su descuidado pero gallardo aspecto.

Allá apunta el gallardo cementerio, cercado de piedra, vestido de limpio, sembrado de cruces, colocado como la tumba de Chateaubriand,- en un lugar solitario de la tierra, cercano de la mar. Aquí no es posible la muerte, entre tanta mujer amable; honda transparente, rumor de cocotero y cielo puro. Mientras la muerte es más natural es más bella. La muerte solitaria es imponente, la muerte urbana, es ridícula. Sonriente y tranquilo, limpio y blanco, he ahí en esas tumbas incorrectas el cementerio verdadero.⁷

Al hablar de la muerte de la forma en que lo hace, Martí está rindiendo un homenaje silencioso a la cosmovisión de muchos pueblos latinoamericanos, en la cual está presente, con una fuerza extraordinaria, la creencia en una especie de ciclo donde la muerte sucede a la vida sólo para convertirse en germinación de vida nueva. Esta perpetuidad del aliento vital brinda a la muerte sentidos sui géneris que poco tienen que ver con el sentido de aniquilación con que esta es revestida en muchas de las aristas del pensamiento occidental.

Numerosos autores latinoamericanos y caribeños coinciden en expresar la muerte atribuyéndole este significado de tránsito, de pasaje, cuya razón de ser es, en última instancia, sostener la vida. Uno de estos autores es el haitiano Jacques Roumain

⁶José Martí: «Apuntes de viaje», Obras Completas, t. 19, Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 21-22.

⁷ Ibidem, p. 29.

quien en su novela más conocida, *Gobernadores del rocío*, realiza una hermosa glosa a la madre tierra que es entregada al hombre para que este la trabaje y saque de ella su sustento y el sentido de su propia vida. Aquí, la germinación de la tierra a través del agua, como fuente vivificante, es colocada como analogía del sacrificio del héroe que debe morir para que fluya la vida en la comunidad de sus hermanos. Es una vida simbolizada por la realidad del cumbite como experiencia de unión y de compartir social, de donde emerge la fuerza de los pueblos para sostener su digna autonomía y medirse a la naturaleza para obligarla a responder favorablemente. De esta doble armonía que se expresa en la comunión con la naturaleza propiciada por la comunión entre hermanos que representa el cumbite, se deriva, en este caso, el triunfo sobre la muerte y un nuevo sentido del concepto de pobreza: como ámbito donde se presenta el hombre en su desnuda y magnífica estatura frente a la naturaleza. A partir de ese encuentro memorable, esta última se vuelve espléndida y le brinda sus mejores galas; no necesita el hombre más de adornos y afeites, solo con su esfuerzo y su entrega logra, al lado de otros hombres, convertirse en gobernador del rocío.

Es impresionante cómo en otro pasaje de los *Apuntes de viaje*, este referido a su estancia en Livingstone, Martí reseña una costumbre muy semejante al cumbite haitiano donde la fuerza de la fraternidad deviene factor determinante para la prosperidad de la comunidad. Con la lucidez que lo caracteriza, Martí ve en esto no sólo un rasgo esencial de la idiosincrasia americana, sino la condición necesaria para su liberación definitiva.

Pero hoy es fiesta ¿No? Pues, ¿qué hacen en aquella plaza tantos hombres que van y que vienen? No es plaza, es que están embarrando una cabaña. Ese bullicio es simpático, atrae ojos y corazones, porque lo engendra un pensamiento fraternal. En Livingstone el pueblo no permite que un hombre solo haga su casa. Todos le ayudan...»⁸

Pero volvamos al apunte que se refiere al sentido de la muerte en la Isla de Mujeres. Para expresar el sereno espíritu con que es aquí asumida, utiliza el Apóstol, el adjetivo natural, que debemos definir porque en algunos contextos puede mostrarse como sinónimo o precisión semántica de la pobreza.

⁸ *Ibidem*, p. 37.

Natural se refiere en Martí a un fenómeno que emerge sin artificiosidad de un contexto específico, un fenómeno que se expresa en la sencillez de formas y atributos y que es uno con el contexto. Nunca es conflictivo, pertenece plenamente al espacio de donde surge, es orgánico a este esencialmente, por lo que la pureza de expresión es propicia a esa identificación original con el espacio que porta desde su surgimiento.

En muchas ocasiones Martí utiliza el adjetivo natural referido a diversos eventos y fenómenos, incluso al ser humano. Es frecuente que este se trasluzca justamente en las descripciones de la naturaleza porque esta es para Martí más que espacio físico, expresión del espíritu de una cultura, ámbito en donde el ser humano puede reconocerse, donde puede sanar de sus afecciones tanto biológicas como espirituales. Traemos dos ejemplos para poner a disposición del lector: el primero aparece en los apuntes ya citados en la Isla de Mujeres, en México; el segundo en el Diario de Campaña, en Cuba.

Bordan la arena sutilísimos encajes, correcta y pulidamente trabajados en su marcha nocturna, por los caracoles y cangrejos. Es admirable la perfección y simetría de esas largas y trenzadas huellas que las numerosas patas y el ancho carapacho de los cangrejos hacen en la arena finísima. La cruzan en todas direcciones formando caprichosos dibujos: buscan de noche su alimento, y así labra esta nimia belleza el pueblo cangrejuno.⁹

Conjuntamente con la idea de la limpieza de formas que acompaña a las figuraciones que emergen de las pisadas de los cangrejos, calificadas por Martí como belleza nimia, se manifiesta la idea de la persistencia de la labor de tan pequeños animales que, sin consentirlo siquiera, terminan dejando una huella de incomparable belleza y orden. Los dibujos de los cangrejos nos remiten nuevamente a la teoría de la figura borgiana, porque como una red cubre la arena y puede ser leída por los humanos que se aventuren en la noche o en el amanecer primero, como esos momentos en que todo descubrimiento es posible. Luego el encaje sutil desaparece ante el influjo de la marea y su condición efímera refuerza la idea de su pobreza esencial. La simplicidad de los trazos formados por las patas de los cangrejos son insig-

⁹ *Ibidem*, p. 29.

nificantes en su particularidad, solo pueden ser apreciados como un conglomerado, desde una distancia, como esos cuadros puntillistas que toman forma sólo si nos alejamos un poco. Esto también acerca la huella en la arena a la teoría de Borges, esto, y la ambivalencia en los significados de las huellas.

Ya en Cuba, Martí aguza sus sentidos de tal manera que lo que ven sus ojos, lo que oyen sus oídos, lo que rozan sus manos, todo, es interpretado desde una perspectiva maravillosa. En esos días iniciales en que ha vuelto a su Patria después de tantos años, Martí encuentra en los mínimos detalles de la naturaleza y de la vida que lo rodea señales luminosas que alumbran su vida y que él interpreta también bajo el luminoso augurio de una Cuba más allá de la guerra necesaria. En ese contexto, e imbuido de una sensibilidad a flor de piel, expresa: «...sin ilusión alguna de mis sentidos ni pensamiento excesivo en mí propio, puedo decir que llegué al fin a mi plena naturaleza».¹⁰

El abandono de sí mismo, esa entrega ilimitada, es aquí el signo máximo de esa pobreza de la que tanto hemos hablado y que Martí califica como su plena naturaleza. Aquí la pobreza es llevada al plano personal y en el contexto del Diario vemos cómo esa entrega es proyectada en la naturaleza. Más adelante dice: «Ya entró en mí la luz».¹¹

En el Diario de Montecristi a Cabo Haitiano, el 1ro de abril, cuando desembarcan en Haití Martí había escrito: «El hombre asciendo a su plena beldad en el silencio de la naturaleza».¹²

Cuando aquí Martí dice silencio, de alguna manera nosotros podemos interpretar que está hablando de una comunicación muy especial, una comunicación silenciosa que recuerda esas páginas tan maravillosamente poéticas de la música callada de San Juan de la Cruz. El Apóstol se reviste de una sensibilidad que ahonda en la experiencia contemplativa que lo acerca a los grandes místicos, haciendo manifiesta esa religión natural y fundamental que en varias ocasiones reconoce como la única verdadera y confiesa profesar porque dignifica al ser humano. En un momento crucial de su vida como es el regreso a su Patria,

¹⁰ José Martí: «Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos» en Obras Completas, Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 19.

¹¹ Ídem.

¹² José Martí: «Diario de Montecristi a Cabo Haitiano», en Obras Completas, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 207.

regreso glorioso porque trae en su seno la llama de la libertad, Martí se asoma al espectáculo de la vida con ojos renovados y bajo ese influjo cada palabra que graba en el papel reboza de entusiasmo y sentido último. Hay autores que no dudan en especular que Martí presentía su muerte o incluso se preparaba para ella. Yo creo todo lo contrario, Martí vivía como nunca antes, disfrutaba al máximo ese momento de su vida para el que se había estado preparando desde siempre y que era comprendido por él como su destinación.

Sin embargo, por muy hermosa que nos parezca la pobreza esencial que distinguimos en la mirada martiana y que se erige en uno de los paladines de su eticidad, no podemos esbozarla como la única manera en que Martí hace evidente la crítica al pensamiento occidental, que privilegia la estructura europea de la historia en la que deben insertarse, como fichas despersonalizadas, las menores historias de América.

La crítica más explícita a esta lógica la desarrolla Martí a través de la exposición de todas las formas naturales y sociales, típicas, de nuestro continente, que él recoge en su discurso en el sentido del orgullo americano que no desdeña diferencias, pero que promulga la unidad a partir de intereses comunes relacionados siempre al hombre generoso y sincero que puebla estas tierras.

La fuerza de ese orgullo americano se muestra, en primer lugar, en el tratamiento de la naturaleza de América, ahora sí calificada de grandiosa. En camino a México, en uno de sus viajes en 1875 o en 1877, Martí refiere el impacto tremendo que tuvo en él el mar.

Después del mar, lo más admirable de la creación es un hombre. Él nace como arroyo murmurante, crece airoso y gallardo como abierto río, y luego, a modo de gigante que dilata sus pulmones se encrespa ciego y se calma generoso ¡genio espléndido de veras, que sacude sobre los hombros tan regio manto azul, que hunde los pies monstruosos en rocas transparentes y corales!; ¡genio híbrido y extraño que cuando se mueve se llama tormenta, y cuando reposa noche de luna en el océano, lluvia de plata, y plática de estrellas sobre el mar!¹³

¹³ *Ibidem*, p. 15.

Estas palabras, aunque están preñadas del estilo de la prosa poética de Martí, recogen el espíritu de numerosos poemas escritos en Latinoamérica, y en especial en el Caribe, referidos al mar y su insondable misterio. De uno de esos poetas caribeños, Saint-John Perse, queremos compartir estos versos:

Es la noche sobre tu Isla y en su contorno, aquí y allá, donde quiera se curva el impecable vaso del mar; es la noche color de párpados sobre los caminos entretejidos del cielo y del mar... La Isla se adormece entre el circo de vastas aguas, lavada por cálidas corrientes y grasas lechadas, en la frecuentación de légamos suntuosos.¹⁴

En el apunte del viaje de Veracruz a Ciudad México, Martí pasa del canto de la grandiosidad del mar a la del valle, a la tierra que se alza en sus cerros y que presenta una pléyade de colores y una dinámica irregular del relieve experimentada desde el tren. No tarda Martí en otorgarle a esta visión de la naturaleza mexicana un sentido geopolítico y dice: «México crece. Ha de crecer para la defensa cuando sus vecinos crecen para la codicia. Ha de ser digno del mundo, cuando a sus puertas se vea librar la batalla del mundo».¹⁵

No son muchos los que pueden, inmersos en el movimiento perpetuo de la historia, evaluar la situación con la claridad y la certeza con que Martí lo hizo, sobre todo en un momento en que la colonización de las mentes reinaba en todas las tierras americanas a pesar de haberse descolonizado políticamente de España.

También cuando se refirió a las Antillas tuvo Martí un juicio certero: habló que aquí se jugaba la frontera del Norte y del Sur y con esto aludía no sólo al enfrentamiento simbólico que aquí puede tener lugar, sino también al mestizaje que se produce en esta región.

Para el poeta martiniqueño Aimé Césaire, comprender a las Antillas como la frontera desdeñada de las dos Américas, supone un acto de reconocimiento y aceptación doloroso por lo que ha significado estar en el medio. Como si esta condición liminar fuera a un tiempo fardo pesado y posibilidad. En su poema Cuaderno de un retorno al país natal, expresa:

¹⁴ Perse, Saint-John: Imágenes para Crusoe (documento digital).

¹⁵ José Martí: «Apuntes de viaje», en Obras Completas, t. 19, Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p.21.

Lo que me pertenece, estos cuantos miles de moribundos que giran sin cesar en la calabaza de una isla, y lo que es mío también, el archipiélago arqueado como el inquieto deseo de negarse diríase una maternal ansiedad de proteger la tenuidad más delicada que separa una América de la otra...

Hinchazones de noche en las cuatro esquinas de este amanecer,/sobresalto de muertes estereotipadas/destino tenaz/ grito alzado de la tierra muda/¿no ha de estallar nunca el esplendor de esta sangre?

Pareciera como si el grandioso espectáculo de la naturaleza americana marcara el destino restaurador que tienen para el mundo los pueblos de nuestra América. Somos únicos no solo por el impresionante caudal natural que poseemos sino por la nobleza del alma latinoamericana, por sus costumbres y sus festividades, e incluso sus yerros y las soluciones, no siempre ciertas pero casi siempre animadas de generosidad, que improvisamos. Para Martí nuestros pueblos eran visionarios de un nuevo orden mundial y de ese carácter de espíritu adelantado le venía a la América sus mayores tesoros pero también sus frustraciones. Todavía no era el tiempo de la renovación plena y el período de preparación es siempre el más difícil. Como Varela, Martí había aprendido que hay que hacer en cada momento lo que es menester y posible hacer, pero no sobre la base de saltos que a menudo solo construyen con paja lo que hay que construir de hormigón, sino sobre la base de paciencia y espera hacendosa.

Respecto a esta situación precoz y muchas veces incómoda de los pueblos latinoamericanos escribe: «Esos pueblos tienen cabeza de gigante y un corazón de héroes en un cuerpo de hormiga loca.»¹⁶

Aquí es bienvenido cualquier consejo bien intencionado, es por eso que Martí no deja de alertar respecto a los peligros que considera más dañinos para el continente. Dentro de estos hace referencia en varias ocasiones a lo pernicioso que resulta el aldeanismo, «cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea», y en los apuntes del viaje que hace en Venezuela vuelve a emprenderla contra los aldeanos perezosos y sus costumbres retrógradas. En medio de un espíritu que promueve el orgullo americano y el entusiasmo en torno a las cosas propias, la

¹⁶ *Ibidem*, p. 154.

crítica al aldeanismo refulge como un recordatorio del mundo que nos rodea, del que formamos parte. Un recordatorio estratégico de que es mejor formar parte de él conscientemente, sabiendo insertarlo en el tronco de nuestras repúblicas para no ser arrastrados pero tampoco quedarnos aislados, que formar parte de él como a regañadientes o manipulados para fines que desconocemos mientras nos creemos el centro de todo. La crítica al aldeanismo es, de alguna manera, un guiño a ese espíritu de la pobreza esencial que lo acompaña siempre y que lo impulsa a una visión siempre ética del mundo.

Hay un bello y breve poema de Fina García Marruz¹⁷ donde, cual aparición inesperada y diáfana, Martí se perfila en medio del espacio americano como pulsando los hilos de su identidad maravillosa y en ella distingue una vez más la pobreza irradiante del ambiente mínimo que recorre, una pobreza que sin embargo propicia el rubor que surge ante el milagro. No son una contradicción perpetua la pobreza esencial de la mirada martiana y el orgullo americano que va engrosando esa mirada; tal vez se trata de una paradoja exquisita, propia de los grandes maestros.

El Retrato
(Martí, Kingston, Jamaica)

Esencial, increíble,
descorre el mediodía
con mano férrea y dulce,
el miniado manglar

y sus insectos suaves,
decorados. Acerca
lo entrañable y lo fiel
como un sincero huérfano.

Penetro despaciosa
al vals vertiginoso
de las palmas inmóviles

¹⁷ Fina García Marruz: Antología Poética, Letras Cubanas, La Habana, 1997, p. 31.

al sol, de los yerbajos.
Su traje se conmueve
como una oscura música
que no comprendo bien.
Toco palabra pobre.

Vinculado al interés de poner en claro las peculiaridades del alma americana, esboza Martí el concepto de lo popular con un sentido distinto del que le dio la época. La noción de lo popular se extendió por Europa de la mano de la noción de la historia universal, ideada por el romanticismo. En este movimiento, la cultura popular es integrada pero desde una visión altanera que concibe la idea de civilización privativa de los pueblos europeos y recoge las experiencias de otros pueblos en el afán de configurar anales, ordenar y diagramar lo real, de acuerdo con las pautas de organización de la propia Europa.

Martí, sin embargo, se fija en lo popular como reflejo de la cultura nacional y continental. Lo popular es el ámbito donde se conforma el espíritu de un país, donde los hombres concretos crean al mismo tiempo que viven, donde se juega la identidad y se decodifican las formas coloniales.

En el Diario de Montecristi a Cabo Haitiano, Martí relata muchas situaciones populares, sobre todo del pueblo haitiano, con el cual quedó profundamente impresionado. El siete de abril, mientras está escondido de la policía, escucha y ve por las persianas la vía de la calle:

De mi silla de escribir, de espaldas a cancel, oigo el fustán que pasa, la chancleta que arrastra, el nombre del poeta Tertulien Guelbaud, el poeta grande y pulido de Patrie, y el grito de una frutera que vende «caimite!» Suenan, lejanos, tambores y trompetas.¹⁸

Martí reproduce el ambiente de la calle haitiana con una precisión que permite imaginar la escena como si se tratara de una secuencia cinematográfica. La misma sensibilidad que Martí desarrollará luego en el Diario de Campaña para describir los más nimios detalles de la naturaleza y los rasgos de los campesinos cubanos, está presente aquí para captar el sonido rítmico de la ciudad caribeña en sus múltiples matices. Semejante es el

¹⁸ José Martí: «Diario de Montecristi a Cabo Haitiano», en Obras Completas, t. 19, Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 211.

tono de sus Apuntes de viaje en tierras latinoamericanas, donde describe las ferias guatemaltecas, como alojado desde el interior de las personas que, como la frutera haitiana, cantan y venden, y no es posible distinguir ahí dónde termina el goce y comienza lo útil. Y continúa el Apóstol contando la aparición de un viejo haitiano, uno de los personajes más interesantes salidos de sus páginas y en el cual entrevemos el aporte del propio Martí al reproducir sus palabras.

Un viejo elocuente predica religión, en el cruce de las calles, a las esquinas vacías. Le oigo: «Es preciso desterrar de este fuerte país negro a esos mercaderes de la divinidad salvaje que exigen a los pobres campesinos, como el ángel a Abraham, el sacrificio de sus hijos a cambio del favor de Dios... [Hay que] acabar con el rayo de luz, al papa-boco, al sacerdote falso que se les entra en el corazón con el prestigio de la medicina y del poder sagrado de la lengua de los padres!»¹⁹

En las palabras del negro viejo se denuncian las prácticas de religiones ancestrales que exigen sacrificar a las personas en vano, pero concluye: «hasta que la civilización no aprenda a hablar creole, y hable en creole, no civilizará».²⁰

La demanda del viejo que avala de alguna forma la civilización cuestiona, sin embargo, la manera en que se ha tratado de imponer la cultura civilizadora. La sabiduría popular critica los excesos infructuosos de la dominación cultural y propone el camino del diálogo que es, al final, lo que resulta ocurriendo. Incluso en el proceso de aculturación más cruel, se produce también un proceso de intercambio, donde impera el proceso de transculturación. Martí no habla en esos términos pero bien que capta lo que se juega en estos pueblos que ya no están dominados por España pero en los que se da una amalgama no siempre discernible de elementos foráneos y de elementos intrínsecos.

En su estancia en Livingstone había calibrado la fuerza de un lenguaje propio como reflejo de una expresión auténtica:

...hablan su Caribe primitivo, su dialecto puro; ellos no lo han mezclado, como México, con palabras españolas para las innovaciones españolas. O han inventado sus palabras, o las tenían, lo que acusa natural riqueza. Y ¡qué manera de

¹⁹ Ídem.

²⁰ Ídem.

hablar!... Son locuaces con la lengua, con los ojos, con las caderas, con las manos. Tienen para cada letra una, no mirada, sino transición de ojos diferente. Si dijeran amor, estas mujeres quemarían.²¹

Antes de partir de Haití, en el brevísimo apunte del 9 de abril, el Apóstol enuncia como sentencia laudatoria una frase que recoge con gracia el carácter del país y que posee una actualidad poética increíble: «Lola, jolongo, llorando en el balcón. Nos embarcamos».²²

Al arribar a Cuba en los pequeños apuntes de Martí se desborda el imaginario popular que descubre a su paso, y es tal, que resulta una de las más hermosas páginas recogidas sobre el campesinado oriental cubano y, a pesar de su brevedad, un documento de valor sociológico que se añade a su incuestionable valor histórico y poético.

En el Diario... se aprecia con claridad que esos campesinos que acogían a la tropa no eran vistos por Martí simplemente como proveedores de refugio y avituallamiento, ni siquiera como buenos colaboradores de la causa independentista; eran más que eso. Para Martí estas personas representaban el valor de la Patria, la nobleza de la Patria y también el sufrimiento de la Patria, significaban la historia del mambí que él no pudo vivir; la savia cubana, asidero de la Cuba con todos y para el bien de todos. A ellos Martí los atendió y quiso comprenderlos, ellos lo deslumbraron como lo hizo la naturaleza cubana, en ellos como en la naturaleza redescubrió Martí una Cuba anhelada y recreada en la memoria desde el destierro.

Uno de los más hermosos apuntes del Diario es el que recoge la estancia en el bohío de Caridad Pérez y Piñó, el 19 de abril de 1895, exactamente un mes antes de morir en combate:

El rancho es nuevo, y de adentro se oye la voz de la mambisa «Pasen sin pena, aquí no tienen que tener pena». El café enseguida, con miel por dulce: ella sería, en sus chancletas, cuenta, una mano en la cintura, y por el aire la otra, su historia de la guerra grande...Su hija Modesta, de 16 años, se puso zapatos y túnico nuevo para recibirnos, y se sienta con noso-

²¹ José Martí: «Apuntes de viaje», en Obras Completas, t. 19, Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 38.

²² José Martí: «Diario de Montecristi a Cabo Haitiano», Obras Completas, t. 19, Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 215.

tros, conversando sin zozobra, en los bancos de palma de la salita. De las flores de muerto, junto al cercado, le trae Ramón una, que se pone ella al pelo. Nos cose...²³

Desde la visión de las chancletas de la cubana parece volver el resonar de la rítmica calle haitiana, pero aquí la coyuntura es bien distinta. Ya no es la frutera que desanda la ciudad y seduce a los moradores, ahora es la temporalidad serena pero segura y grave de esta mujer de campo que sirve sin aspavientos a los cubanos, sus compatriotas. Martí narra con desenfado pero a la vez con solemnidad lo que para él es sin dudas un acontecimiento revelador. Martí no es un visitante que desestime la entrega que se le otorga en estos pequeños detalles de tan humildes anfitriones, él sabe ver, y de la misma manera que no fue un turista en América, no lo sería jamás en su propia tierra.

Para comprobar el impacto de esta visita y los influjos recíprocos que provocó acudimos al libro de Froilán Escobar, Martí a flor de labios, donde se halla uno de los más conmovedores testimonios jamás escritos del recuerdo de una persona. Quien habla a través de la narración del autor es la sobrina de Caridad, Mariana Pérez Moreira:

Hasta hoy me lo represento así, muy sereno su rostro, con ambas miradas de sus ojos haciendo conversación con lo lejos. Era como si recordara a alguien al mirar para adelante, como si compusiera las cosas con otros paisajes traídos de dentro... Y cuando volteó la cabeza se fijó en Modesta, que estaba lela mirándolo, porque Martí, creo, le había hecho un elogio de bonita. Yo hallo que a Martí le hizo gusto que se pusiera un túnico nuevo para recibirlos. Unos zapatos y un túnico que ella, delante de él, se componía con mucho lucimiento de sonrisa...Martí le encargó a Ramón una flor, y ella se la puso en la cabeza, sin tiento, al desgaire, y había que ver que era ella la que le quedaba bien a la flor...²⁴

Es impresionante la manera en que se engarzan estos dos fragmentos de testimonios escritos con tantos años de diferencia. Evidencia este último que para ellos Martí tampoco fue solo un visitante ocasional, fue una aparición llevada muy adentro, para

²³ José Martí: «Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos», Obras Completas, t. 19, Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 219.

²⁴ Froilán Escobar: Martí a flor de labios, Editora Abril, La Habana, 2009, pp. 99 y 100.

toda la vida. Incluso los pequeños cambios de las dos versiones se corresponden con gracia, como si la historia misma quisiera alargar el misterio de algunos detalles como por ejemplo, de quién fue en realidad la idea de la flor.

Mariana refiere con la espontaneidad y la sincera emoción, que caracteriza a la gente del campo cubano, su versión, más lenta, aletargada y enriquecida sin dudas a través de los años, de su encuentro con Martí, siendo aún una niña. Demuestra una claridad sorprendente comprendiendo el propósito y el ánimo del Apóstol. Martí es conciso, con la premura que exigía el momento, y sin querer perderse lo más importante, eternizó un momento y aún tuvo el cuidado de dejarlo hablar con sus propias palabras. Creo que pocas veces asistimos a una coincidencia tan hermosa y sentida de un mismo momento, en las palabras de dos personas diferentes.

Terminamos este trabajo invocando a la Patria, en un diálogo a dos voces entre Martí y Fina, tratando de reinstalar en la historia una nueva coincidencia, una nueva armonía.

¡Oh! Patria de mi alma en ti las palmas besan a las brisas, y el aire sabe la manera de conmovirse y de llorar: cuentan las cañas amores a las orillas mansas de los ríos: aman las vírgenes cubanas trémulas de castísima pasión²⁵; /Ay Cuba, Cuba, esa musiquita ahora, de las entrañas, que conozco como un secreto que fuera mío y no tuyo, tú que eres porque no te has conocido nunca, óyeme, no te vayas detrás de esos extraños como una provinciana ilusionada por un actor de paso... acuérdate de la portada azul con lomerío atrás lejano, acuérdate del «mecido» como de cuna sobre la hoja, y el «va y ven» que entra y sale como un mar del olor a jasmín de noche.../²⁶ ¡ oh patria de mi vida! yo sé cómo palpita la armonía en tus campos de oro de maíz; yo sé cómo se extiende sobre tus ceibas la tarde meditabunda y quejumbrosa; /Ensoñación modesta, no te toquen. Yo sé que te vas y vuelves, vaivén! Que te meces y me meces, Cadencia! Que te vas «lejos, pero no muy lejos», aquí en el allí. Yo sé que tus palmas no rindieron homenaje al Hijo sino a su Huida! ¡Por eso te pido ahora: reconoce! Regresa Ave, con la Salutación! /- ¡oh, patria

²⁵ José Martí: «White», Obras Completas, t. 5, Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 294.

²⁶ Fina García Marruz: Antología Poética, Letras Cubanas, La Habana, 1997, pp. 72-73.

de mi amor! ¡tú eres bendita al través del alejamiento y la
amargura... ¡Patria, alma mía! ¡roa la infamia el instante en
que todo mi triste corazón no esté adorando en ti!

Bibliografía

- ALMANZA, RAFAEL (2005): Los Hechos del Apóstol, Vitral, Pinar del Río.
- CESAIRE, AIMÉ: Cuaderno de un retorno al país natal (documento digital).
- ESCOBAR, FROILÁN (2009): Martí a flor de labios, Editora Abril, La Habana.
- GARCÍA MARRUZ, FINA (1997): Antología Poética, Letras Cubanas, La Habana.
- HERNÁNDEZ NOVÁS, RAÚL (2007): Poesía, Casa de las Américas, La Habana.
- MARTÍ, JOSÉ (1985): Obras Completas, tomos V, XIX, XX, Ciencias Sociales, La Habana.
- ROUMAIN, JACQUES (2006): Gobernadores del rocío, Casa de las Américas, La Habana.
- Vitier, Cintio (2001): Obras Críticas, Letras Cubanas, La Habana.